



D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LVI. - TOMO XLVIII. - SEPTIEMBRE - DICIEMBRE 1968. - CUAD. CLXXXV

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

(1869-1968)

Nos lleva a veces la vida por caminos que nos parecen desviados y son los congruentes para nosotros. Yo no creía acertado que la Academia me encargase el panegírico del gran académico que hoy nos falta, porque otros con más sabiduría y elocuencia lo hubieran hecho mejor; y no pensaban los que me dieron el encargo que más grande que mi escrúpulo era mi deseo de poder manifestar mi agradecimiento al que me trajo a esta casa, suprema aspiración mía, que me brindaba además el regalo de su compañía y de su amistad.

La vida y obra de D. Ramón merecen todo lo que ya se ha dicho de él y todo lo que se irá diciendo, más valioso que estos desgarbados renglones que hoy con la acucia de la prisa puedo dedicarle aquí en homenaje a su memoria

Como nota previa para indicar los hitos de su vida va delante la lista de las fechas: 1869. Su nacimiento en La Coruña. 1880. Viene con sus familiares a Madrid. 1881-86. Su bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros. 1887-1892. Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. 1893-95. Preparación del *Cantar de Mio Cid*, premiado por la Academia. 1896. *Los siete*

infantes de Lara. 1898. *Crónicas Generales*. 1899. Cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid. 1902. Ingreso en la Real Academia Española a los treinta y tres años. 1904. *Gramática Histórica*. 1906. *Primera Crónica General*. 1908. Publicación del *Cantar de Mio Cid*. 1909. Director del *Centro de Estudios Históricos*. 1924. *Poesía Juglaresca*. 1926. *Orígenes del Español*. 1928 *Flor nueva de romances viejos*. 1929. *La España del Cid*. 1951. *Reliquias de la poesía española*. 1953. *Romancero Hispánico*. 1959. *La chanson de Roland*.

A lo largo de su vida sus preciosas obras menores en folletos y revistas, algunas de ellas sobre temas capitales de la filología y de la historia.

Una extensa masa de gentes que han leído sus obras ha formado ya su juicio admirativo de ellas. Vosotros, que las conocéis en su conjunto y que conocéis muchos de los comentarios nacionales e internacionales de sus obras, no necesitábais en detalle oír mi juicio, que parecería solo eco de la admiración universal. Lo que yo podría hacer con mayor amplitud y con tono más personal sería desahogar mi emoción ante las dimensiones de monumento de muchas de ellas y ante la destreza artística de su elaboración y el empeño ciclópeo con que ha podido terminarlas. Pero ni aun esto puedo hacerlo ampliamente en este momento, que solo deja espacio a referencias breves. Mis juicios, unos apoyados en juicios ajenos y otros nacidos de mis continuas lecturas de sus obras, no puedo, sin embargo, dejarlos del todo a un lado, porque están íntimamente ligados a mis afectos.

El discurso de entrada en la Academia de D. Ramón, con el sello inconfundible de su método de trabajo, con un tema tan de su gusto en su condición de relato popular, transmitido y ramificado, no podrá decirse que desdice de sus obras, pero sí que discrepa y produce extrañeza la elección del tema, de esclarecimiento final tan difícil. En su discurso de contestación,

Menéndez Pelayo no anota más extrañeza que la del exotismo del asunto, cuando todos los trabajos de Menéndez Pidal se habían referido a la literatura, lengua o historia del medievo español, tan distantes de este tema de origen extraño. Acaso la extrañeza no había que ponerla en la diversidad geográfica, ya que el tema que vivió en la India vivía también en las aldeas españolas y se recogía en las carpetas conventuales de España. Mi extrañeza se funda solo en que D. Ramón emprendiese una empresa irresoluble, un problema que acaso los siglos no lleguen a resolver. D. Ramón, capaz de subir al pico más alto y de planificar todos los senderos y de vencer en los torneos en que se presentaba, aclara aquí todos los pasos del problema y todas las vicisitudes del relato, pero ni Tirso, ni los espectadores del drama, ni los comentaristas de su teología dieron en la clave del drama, que no tenía clave humana, sino divina, porque el naturalismo, la gracia, el freno vital y la predestinación seguirán en la caja del silencio divino, que no lograron romper los filólogos ni las disputas teológicas. D. Ramón entre la confusión de los fantasmas descubre, y ya es mucho descubrir, que el condenado pudo serlo por esa soberbia humana que hace alzar las frentes de cualquiera de los que sabemos algo. Pero el Juez que puede y sabe acaso tiene otros considerandos más claros que nuestros argumentos.

Un tema importante abordado por D. Ramón a los treinta años, cuando es difícil abordarlo, fue la etimología, en un copioso artículo de la gran revista de Filología románica de Halle. Este artículo fue saludado como promesa sorprendente de la etimología hispana y sigue en casi toda su totalidad válido. En su discurso académico de 7 de noviembre de 1926 señaló magistralmente el nuevo estilo de la etimología, inicialmente fonética, pero pertrechada de muchos medios ajenos a ella.

Su *Gramática Histórica* ha sido la puerta de todos los estudios hispanos e hispanoamericanos de la filo-

logía española. Entre los romanistas europeos había un trabajo de Baist en el Grundriss de Gröber de 1888 de algún valor, pero no puede llamarse antecedente del Manual de D. Ramón, por su brevedad y por su desorden y por importantes errores.

Con ser obras maestras muchas de las demás, tiene especial relieve el *Cantar de Mio Cid*, fraguado y madurado en un largo lapso, aquilatado como el oro del ensayador y registrado en sus últimas venas como lo hace la lámpara del minero. Obra generosa en la que dejó buena parte de sus fuerzas y de su vida. El Cid del Cantar y de las historias se llevó su corazón y se fundió con él, como elemento indistinto de su vida. Hasta en los pasos de ella el Cid era convidado de amor y como protagonista de sus fiestas. Cuando D. Ramón hacía su romance en 1900 se fundía con otro romance que repetían las piedras de Gormaz y Medinaceli, y D. Ramón y su esposa lo desgranaban por las calzadas y caminos de herradura que llevan a Aragón.

Iban oyendo las tristezas y alegrías del desterrado y recontando los renglones del Cantar en el que se habían quedado enredados diptongos raros y huellas de las novelorías que inventaba el segundo cantor de Medina.

Quizá algún día Dios me depare horas y ocasión para decir algo reposadamente de alguna de sus muchas obras, pero nada útil podría decir ahora en estos momentos apresurados del tren que espera.

La obra conjunta de D. Ramón se nos ofrece como una monumental trilogía de historia-literatura-lengua, reflejo de la triple acción humana de la acción, canción y habla. A D. Ramón le pareció atractivo especialmente el héroe castellano que tenía el ímpetu arrollador de su dialecto y la clara luz de Castilla. He dicho para nosotros trilogía, aunque para D. Ramón aparecía como una masa que tenía parte de tres, pero que no eran tres, sino un habla dialectal, una poesía de noticia y una historia que no era noticia de lo nuevo, ni era

historia del todo, porque llevaba pedazos y señales del cantar.

D. Ramón, que tanto aprendió del pueblo, quiso darle al pueblo noticias y explicaciones de sus cantares; no quiso ser cantor de creación, pero sí intérprete de cantores y cantares y llegó a ser supremo oráculo de las canciones de gesta. D. Ramón, que fue abriendo los secretos de los cantares, quiso estudiar los secretos de su propio trabajo, lo que éste debía a su luz nativa y los amplios resortes que dan fuerza y mañas a la investigación. D. Ramón llegó a hacerse un código del trabajo y de la producción, y lo practicó y se adiestró en él. Menéndez Pelayo, que sabía de su cultura, se asombró también de D. Ramón por sus nuevos estilos de trabajo: frente a la prisa la constancia, frente a la facilidad el sudor prolongado para hacer algo firme, frente a las notas que se pierden el fichero que queda, que no olvida, que no engaña. Si hay que apelar a medios auxiliares se apela. Si hay desconfianza de que lo que se lee no sirve, porque puede ser engañoso, hay que buscar las garantías para hacerlo seguro. Si por dejación o fraude se da por válido, hay que buscar lo que asegure que lo es por la paleografía, que anula ediciones y códigos tramposos y por todos los elementos que sean testigos de la verdad. D. Ramón ha debido mucho al mundo que él estudiaba y a su circunstancia, y lo ha debido a su propio esfuerzo, pero también lo traía bien dispuesto o logrado en mucho por su propia constitución.

Por herencia y mejora, D. Ramón tuvo una especial fortaleza física y moral, y esa fortaleza era impulso a la acción para vencer dificultades en las cuevas de sus excursiones y en las de la vida. Por naturaleza y cuidado, D. Ramón representaba la ecuanimidad, sin desmesura en la exaltación ni en el encogimiento. Como el Cid y como los cantores del Cid, él era casi igual ante las ofensas y ante los cariños, sin gestos excesivos. Esta ecuanimidad innata era también fuerza de voluntad, y

ante el dolor no era el rendido ni el estoico, que se hace su propio escudo, sino un ecuánime que resiste todo.

Por naturaleza y cultivo, D. Ramón era la claridad y el aire libre sin tapias ni nieblas. El aire libre era el proveedor de su salud corporal y de su espíritu.

La inútil controversia entre lo nacional y lo extraño caía fuera de su espíritu abierto, en un fervor constante de amor a España y en un aprecio estimulante de la cultura extraña. La perniciosa disputa entre la tradición y el progreso él la había acallado en su conciencia, embebida amorosamente en lo que España fue y en la juvenil ambición de mejorarla. El Cid y la España nueva eran amores grandes, confundidos en uno, soldados en las virtudes y glorias que crearon la grandeza de España y en un futuro Renacimiento de modernización, paralela a los grandes avances del mundo. La claridad le venía de adentro y de afuera, de su vivísimo espíritu, claro por condición innata, y del afán de luz que empezaba a iluminar en todos los estadios de la cultura. El aire libre iba a sustituir al aire de café, y los espíritus estrechos iban a abrir las puertas a aires de anchos horizontes. D. Ramón necesitaba airearse en la Sierra y airear lo empolvado en la oscuridad. El fue uno de los descubridores del Guadarrama, de aquellos raros excursionistas que no volvían con trofeos ni rastros de caza, sino con un ramo de tomillo en la mano. Como al famoso hidalgo le ensanchó la alegría el salir al campo, a D. Ramón la Sierra le ensanchaba el corazón y le redoblaba las energías de su pluma. D. Ramón llevaba dentro y a cuestras la claridad, y su vida se convirtió en un afán de minero que registra todo y en un afán de que sea claro cuanto tocan sus ojos y sus manos. La vida de D. Ramón ha sido un camino para alumbrar la filología, un camino recoleto al margen de la vida común, que él apreciaba menos. D. Ramón, abstraído en su dedicación, no vivía donde vivía. En una invitación a pasar yo el día con él en un lugar de impresionante paisaje y de fiesta atractiva, la impresión y

la atracción derivaron a los temas filológicos, un romance, unas palabras y unos linderos del bable múltiple.

D. Ramón, benévolo examinador de su disciplina, y crítico de tantas otras, sentía la pedagogía y el método y en ocasiones quiso examinarnos a los españoles con el mismo sentido amable de siempre. Irregulares y extremosos nosotros, teníamos de todo, excelentes notas en una y lastimosos fallos en otra. La calificación de que podíamos compensar una nota con otra no era calificación concreta y parece que su opinión era que debíamos trabajar más y afinar más si hemos de resucitar el prestigio que un día paseamos por el mundo. D. Ramón, recoleto, consagrado a la Filología y a esclarecer las sombras de los tiempos, sentía en sus entrañas el futuro de nuestra historia. La lección de los siglos le infundía el peligro del desacierto. La España del español como persona y de los españoles como grupo formado por selección de méritos constituía para D. Ramón el único sistema que reduciría el tradicional ejemplo del grupo poderoso hecho poder por otros medios, distintos de la selección de méritos.

A mí, que recibí la bienvenida de D. Ramón, me ha tocado dar la despedida en nombre de la Academia al que ha sido nuestro orgullo y nuestro escudo. Unos lo despedís con un entrañable saludo de respeto y otros lo despedimos con un familiar "hasta luego". Todos con un claro sentimiento de que se va de esta casa uno que la amó apasionadamente y que merece un eterno recuerdo. En él nos acompañarán legiones de amigos que han compartido su luz y su amistad. Y aun después de todos, las obras de D. Ramón rezarán el elogio de su vida, como las arcadas seculares que resisten las lluvias y los vientos de los siglos.

VICENTE GARCÍA DE DIEGO.